

CASA EDITORA EN VERDE

ESTÁ EN TODAS PARTES Y NO ESTÁ

LEONARDO SOSA

“Está en todas partes y no está”

De Leonardo Sosa

Conocí dos formas de dormir, una en la que con la cabeza recostada sobre la almohada me mirabas y la otra en la que en la misma posición, pero del otro lado de la cama te miraba, entonces, déjame creerlo de esta manera, que nadie me despierte.

A veces me creo la loca idea de que sueño donde soñás, me introduzco en tus noches, te observo; vos te descalzas las sandalias y frente al espejo te peinas el pelo para desenredarlo, por último, te cambias de ropa y te pones el pijama.

Voy a apagar las luces, voy a cerrar los ojos para intentar descubrir si en tus ensoñaciones aún me nombrás, aunque sea equivocándote, aunque lo hagas sin quererlo. Y quisiera soñar muchas cosas, pero mi sueño preferido sería uno en el que vuelvo a escuchar tu tímida vocecita contándome un coloquio de besos. Por qué no preguntar en voz alta al misterio de lo onírico si aún dentro de vos, bajo tu alma, hay un gramo de te amo... Porque no soñar que me respondes que lo hay.

Dedicado a la mujer de todos mis sueños

Primer prólogo

Esta obra junto a la novela *El sentido del plural*, el cuento *Luleå*, así como el spin-off, *Las cavilaciones de Ámbar*, forman un mismo mundo literario, el cual consta de los mismos personajes, cambiando sus roles según el relato.

Es posible leer los títulos por separado y juntos forman la saga *Palabras que sostienen la luz*.

También es factible que el mundo se amplíe en mis siguientes proyectos.

Segundo prólogo

Siempre me fascinaron los sueños y este texto gira en torno a ellos. Los considero otra opción de conexión tan importante como los son el lenguaje o la escritura, solo falta entenderlos tal cual nos pasa paradójicamente con las conexiones orales o escritas.

Por otro lado, la concepción de esta narración intenta romper los muros que tiene la poesía a través de los hilos que tejen las relaciones humanas, además de mis estados de ánimos, que son la tinta de las ideas.

Por último, quería aclarar que me gusta anexar a la naturaleza en todas mis palabras y cuando lo lean va a quedar en evidencia adrede, ¡quedan advertidos!

Tercer prólogo

Transcurridos dos años otra vez la historia nos lleva hasta la localidad San Pedro, donde nuevos y viejos personajes nos trasladaran al seno de la locura.

El sentido del plural y Está en todos lados y no está se conectan para resolver misterios inconclusos... ¿Qué pasó con Ámbar?

Capítulo uno: Germinal

♪ **Amb l'esperança entre les dents, canción de Xavi Sarria**

Som el buit de quan tornàvem a les guerres quotidianes. Jurant-nos que trencaríem amb
les gàbies on vivíem.

*Somos el vacío de cuando volvíamos a las guerras cotidianas. Jurándonos que
romperíamos las jaulas en las que vivíamos.*

Con los sonidos de la maitinada él despertaba.

Escondidos risueños ruiseñores, invisibles tras las hojas de las acacias, trinaban sus nobles acordes de armonías al compás del amanecer del sol. Filtrándose entre las moléculas de aire hay un haz de luz que deja ver gotas de rocío diseminadas por el jardín y ahora parece ser más verde que ayer. Mientras el contenido onírico de sus sueños, como si fuera parte de los asuntos sagrados que apenas se mencionan, otra vez tenía que ver con ella.

Tratando de encontrarle algún significado a sus borroneadas imágenes al repasarlas los detalles se perdían.

Despacio se sentó en el borde de la cama y a contracorriente de la modorra que llevaba a cuesta, lo más rápido que pudo, busco un bolígrafo y una hoja. Se concentró para no

olvidarse lo que soñó y antes de que se deshile tacho y garabateo palabras sueltas sin mucho sentido: *laberinto, mar, horizonte, orilla*. Un conjunto de inertes recuerdos con la forma lejana de una mujer que conoció.

Esa mujer fue belleza singular, como una lluvia imprevisible que limpia el alma; de ingenio raro, tan a deshora que llenaba el tiempo con conversaciones que acariciaban las partes dulces de las cosas. Pero ya no estaba, ahora era lo inalcanzable, como una perfecta ilusión.

Hace tiempo Ámbar partió del plano terrenal.

Y aunque últimamente había trocitos de ella esparcidos en sus noches le preocupaba la desconexión con su propia realidad la cual se tornó extraña en las últimas semanas.

Con la almohada como testigo, sumergido en sus emociones, también fue raro encontrarse frente a frente con el pasado, tras cinturear un laberinto repleto de siluetas antropomórficas llegó hasta un claro donde todo lo externo no importó, un plano corto, un primer plano y ella haciendo mímica, trataba de decirle algo en su mutismo.

Al conexionar las palabras sueltas que anoto en aquel papel, la narración de su ensoñación tenía algo de coherencia.

Un perfume de mar junto a su sonoro murmullo aumentaba en su intensidad al acercarse a la salida del laberinto. Afuera, sobre un fondo de tonos castaños, una lejana serranía; por delante una orilla atada a sus olas, un azul que se hamaca cuando el agua va y viene, bravura que rompe el silencio indiferente de una noche helada. Y como si

estuviera levitando, apenas mojando la punta de sus pies, ella de espaldas se tornaba para decir algo que no tiene voz.

«¿Qué me quiere decir?»

¿Por qué la mar siempre historiadora a él no le daba ni una pista?

1

Cuando Ámbar falleció; las pericias forenses determinaron suicidio, un disparo en la cien.

Él estuvo vacío, no hubo fronteras para contener su dolor y si bien ya no era su pareja desde hacía muchos otoños, de hecho, la relación era distante, no tenía dudas de que fue la mujer que cambió su vida. Decir que fue la dueña de sus días extendiéndose hasta el presente de sus noches, es apenas nombrar dos de sus atributos en la primacía.

Apesadumbrado, por ese entonces, busco ayuda profesional para superar los traumas, los inconclusos; sus antecedentes disfuncionales; y la tragedia reciente, mientras en su vida desnuda, una y otra vez, la recordaba en la recurrente melancolía.

Sin saber del todo si quedo enredado en los poros de su ternura o en sus propios pasos, deambulaba por grises calles pavimentadas de nostalgia. Sumido en un pasado que era a su vez hermoso y doloroso, demasiada infinidad. Temporada áurea.

Así otrora tuvo la rara sensación de que la conocía de otra vida, aunque pensaba que era causa del excesivo afecto, así se lo hizo saber su psiquiatra, que describió su

comportamiento como obsesivo. Y aunque él tratara de explicarle que en la escena de la intimidad percibía una extraña conexión. No era la primera vez entre ellos de nada. Ámbar todavía le hablaba en secreto a su oído; la psicóloga con una mirada antipática lo desargumentaba con golpes tan bajos como reales: *ella ya no está*.

Dócil al enamoramiento que la revivía una y otra vez; repiqueteo por mucho tiempo, el respirar de su aliento luego del primer beso. Fue en la rambla de San Pedro donde la lumbre que dora el cielo se posó en la comisura de los labios de Ámbar, inspirando en él: valentía, lo recordaba muy vivamente, como cuando rozaron su piel al hacer el amor por primera vez. Fue en la habitación del hotel de la calle principal, ella llevaba sandalias de colores. Pero el tiempo paso y la complicidad, el amor mental, así como las formas habían mermado, ahora si parecía que estaba curado, y con el alta terapéutica era una persona *normal*.

Pero las ensoñaciones lo volvían a confundir, ya había pasado mucho tiempo, cinco años desde su partida. ¿Por qué ahora atacaba de vuelta todo lo terminado?

Se quedó detenido en sus minutos en un tiempo tan remoto como revuelto, a continuación, pauso los pensamientos para poder seguir.

Le urgía ir al trabajo, tenía que abrir el taller mecánico heredado de su padre; otra partida dolorosa, otra historia. Alrededor de las nueve de la mañana, lo esperaba el primer cliente turno previo, una falla en el burro de arranque.

Con los minutos contados hizo una parada obligada.

Un aire dulce, aroma a esencia de vainilla aspiro al estacionar la camioneta Chevrolet destartalada frente a la puerta de la panadería de su amiga.

Bajo y puso la mano por encima de sus ojos, a modo de visera para observar pegado al cristal. A través de la ventana, una fotografía familiar, la imagen de lo que pasaba adentro lo reconforto, por un momento se olvidó de los sueños; mamá e hija miraban un *algo* en una especie de tablet y se sonreían al unísono.

—Hola Emma —saludó primero a la más pequeña —¿Cómo estás?

—Bien, estamos leyendo un libro—respondió con una tímida vocecita de niña.

—¿Un libro? —preguntó con desconfianza pensando que la niña se había confundido.

—Si un e-book, en mi e-reader nueva.

—Ahh ¡Qué bueno! —siguió pensando que era una tablet; no entendía bien que era un e-book ni menos conocía a un tal *Hans Christian Andersen*, el autor que ellas leían.

—Hola Vaiti ¿cómo estás?

—Bien Lisandro, ¿vos cómo estás?

Él bajo el tono de voz para que la más pequeña no lo escuche, aunque picara no se le pasaba una, entonces, mostrador mediante se acercó, para susúrrale; codeándola dos veces con suavidad para que le preste la suficiente atención.

—Otra vez volví a soñar con Am.

—¡Lo sabía! Me lo imaginaba, si te vieras, tenés ojeras de dormir poco.

—Estoy fusilado, tengo un cansancio mental que me agota.

—Porque no vas con la mujer que te dije, la que es medio bruja, a mí me ayudo con los sueños y ahora duerno mucho mejor.

—Si lo estuve pensando, pásame el número y me fijo... ¿Vos también soñabas con Am?

—La pregunta la desconcertó.

—Sí, aún lo hago cada tanto, pero los sueños con ella son placenteros, en cambio tenía otros sueños recurrentes, puff, que eran horribles. Pesadillas.

—Nunca me contaste sobre eso, ¿de qué se trataban?

—Como te explico... Sueño con un tipo que está atado a una silla en un sótano...

Lisandro se quedó pensando en esas palabras, como si algo se le hubiese venido a la mente, luego de un lapsus mental de contados segundos, algo que seguido le ocurría, volviendo a la conversación y dijo:

—Qué raro... Pero más raros creo que son los míos, es que es el colmo que ella que no paraba de hablar ahora no pueda. Pareciera que algo la reprime.

—Haceme caso anda a lo de la bruja, proba —dijo Vaiti con la medida del aura de abril en su mirada.

—Bueno, pero antes quiero probar dos medialunas de manteca, dámelas así no más que las como en el camino, tenés café. —Retruco Lisandro.

—Te preparo uno...

—Tu mamá es una genia —cuchicheo con la chiquilla.

3

De camino, los cielos del sur evocaban óleos de *Monet*, yendo del más blanco al que le limita con el verde. Todos los tonos azules de un cielo azul se vislumbraban.

A las afuera del centro urbano, cercano a la orilla del lago, se encontraba el viejo taller y ahora a tan solo un kilómetro del destino, una tonelada de pensamientos lo mareaban.

«Voy a tratar de equilibrar todo y negar el verdadero desorden»

Pasados dos segundos habiéndolo pensado y vuelto a pensar.

«Mejor cuando llegué llamo a *la brujita*»

Pero si lo pensaba aún más, no le daba buena espina que la llamen así, él era escéptico a las cuestiones relacionadas con lo astral y de antemano se cuestionaba todo...

«¿Será una especie de médium?»

El deseo de querer saber lo que le estaba sucediendo era superador; finalmente tomó coraje y se comunicó con ella.

4

Durante el día cada hora alumbraba a otra hora hasta que el fulgor de las horas anuncia que es de nohecita. La jornada parecía terminada y ya en el calor del hogar, luego de

cenar vio un poco de televisión. La vida de soltero le permitía ciertas licencias, como la de ver por décima novena vez *Rocky*, la original, la de 1976, la del mítico round quince con Apolo Creed, la de los escalones interminables del museo de arte de Filadelfia, pocos lo soportarían, pocos sabían cómo él los diálogos de memoria. E imitando la voz, torciendo la boca para sentirse más Balboa y menos Quevedo, más Rocky y menos Lisandro hablaba por encima de la voz en estéreo;

Mi padre, mi viejo, no era muy listo y me decía naciste con muy poco cerebro, así que empieza a usar tu cuerpo y me convertí en boxeador.

Mientras la conversación entre Adrián y Rocky parecía hacerse cada vez más lenta, hasta deletrear las palabras, él se dormía antes de llegar al primer round de la pelea.

Sumergido en la fase REM, tiempo en que sus ojos se movían bajo los parpados, estaba otra vez en la lejana fantástica orilla. El sol sangraba, él transpiraba. Había una verde palmera, una única y tupida palmera y en sus ramas un nido de pichones despertaba con los besos de los rayos del sol. Él se acercó para cubrirse con su sombra, como lo hacían los diminutos pajaritos. Por un momento se sintió protegido hasta que el árbol por arte de magia desapareció en un microsegundo, otra vez los rayos ultravioleta derretían, miro hacia los costados divisando en su izquierda bosques frondosos sobre las dunas, ahí estaría protegido, pensó, pero al intentar acercarse se alejaban. Y ahora el sol tropical quemaba. ¡Que estúpido! Mejor ir a la derecha, hasta el mar, ahí su carne que estaba pasando de trigueña a colorada fuego se hidrataría, pero sucedía lo mismo que con el bosque, a un paso, el agua daba dos pasos atrás. Se sentó en medio de la arena, rendido, mientras el fuego lo consumía y entre el haz de fuego y el humo negro una silueta de ella levitaba hasta extenderle la mano... Bruscamente se despertó.

Eran las cuatro de la mañana ya no iba a poder dormir.

Fue al espejo se miró su piel, aún tenía una extraña sensación de picazón, algo así como haberse quedado dormido en la playa una tarde de más de treinta grados, pero no había nada fuera de lo común, solo sensaciones.

¿Cuál era el simbolismo de la ensoñación? Otra vez anotó lo que recordaba del sueño; ella, orilla, calor, fuego.

Vio un poco más de *Netflix* con la mente puesta en Ámbar y el sonido del film *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos* musicalizando el instante, caminó entre la brisa de su dolor caído una diseminada desesperación de soledad.

Hace tiempo con un marco fluvial como escenario construían su historia de amor, es que cuando salían de clases, caminaban por dos o tres kilómetros hasta llegar a la vega del río donde se perdían por largas horas en su atmosfera, él estaba convencido de que el paisaje pampeano de San Pedro, tal vez su clima templado, ayudo para que esos años de enamoramiento sean perfectos. Algo más vivido es que en esos campos la naturaleza atesora al primor, convidando su luz cuando cerramos los ojos.

En tanto él recordaba las coplas que ella cantaba, las mismas que rimaban con el entorno natural. Obviamente sin saber las letras, forjaba muchas veces mejores versos que los originales.

Recordaba una vez que tarareaba una canción de los *Clash*, la popular *Should I stay or should I go* y mientras rasgaba la guitarra, cerraba sus ojos azules, los que si se prestaba suma atención tenían una peca en su iris izquierdo, los mismos que se confundían con la tonalidad de los ríos. Jugaban a inventar un coro para su estribillo. En la versión original el corista es *Mick Jones* que con una frase en español dice: *las indecisions me molestan, si no me quieres, déjame* y al momento en que *Joe Strummer* interpreta la célebre frase *should I stay or should I go now* los coros responden *me entra frío en los ojos*. Pero ellos lo cambiaban tontamente; *tengo frío en el río* o *me pongo abrigo no hace frío* y así varios etcéteras. Se divertían, eran muy felices por esos vertiginosos tiempos, horas de pasión sin reloj; donde la afluencia de dos ríos por nacer forjaba un cauce en común. A veces la vida es mágica, pasa cuando dos latidos confluyen en uno solo. Tan parecido a la conexión de dos débiles afluentes que forman un río más fuerte.

Y el paréntesis de pensamientos positivos se volvía a cerrar cuando entraban a plantearse los interrogantes...

Cómo se pudo desmoronar todo, cómo la inocencia es tan frágil, cómo esos momentos alguna vez pueden ser olvido, cómo ya no está, no lo entendía, o no quería hacerlo.

Mientras Vaitiare acomodaba su cabello escondiendo los mechones rojizos con un pañuelo de colores Lisandro entraba en la panadería.

—Que te paso, estás fatal —dijo sin ambages la mujer de cabellos colorados.

—Sigo durmiendo mal —contesto Lisandro.

La latencia en sus sueños y la dificultad para mantenerlos durante las noches, paradójicamente despertaban otra personalidad, tarareaba un animal.

—Déjame adivinar. Otra vez soñaste con Am.

—¿Tan evidente es?, —Vaiti afirmaba con la cabeza —bueno, hoy veo a la brujita, veremos qué pasa.

—Te va a encantar, es divina.

—Solo quiero volver a dormir como antes —suspiro un minuto y sincerándose dijo — Siento mi cabeza revuelta, a esta altura me quede sin opciones.

—Conmigo revolvió en mis pensamientos y los mezcló con mis sentimientos, así de a poco logró ir acomodando todo.

Él, acorralado por los insomnios, no quería ser rehén de sí mismo. Pidió un café, dos medialunas y con un terrible dolor de cabeza continuo el viaje al taller.

Estacionó la Chevy, era de noche, en el portón colgaba un cartel que decía Salem, estaba en el lugar correcto, llamo con las palmas de la mano, pero nadie escuchó, abrió el portón que rechino como en una película de terror, en cuanto hizo unos pasos hasta el sendero que llevaba a la puerta de la casa, unos enanos de jardín parecían seguirlo con la mirada. Y entre tocar la puerta o irse corriendo lo más rápido posible, una mujer de unos cuarenta y tantos años lo sorprende.

—Encantada de conocerlo, debes ser Lisandro —ella le extiende la mano esperando una recíproca respuesta.

Errático, por dentro, no sabía si llamarla brujita, bruja, en realidad no sabía su nombre. Es qué tal cual como había advertido su amiga, más que divina era una señora muy bonita, lo cual lo dejó estupefacto durante unos escasos segundos, los que tardaría en decirle a su cerebro que deje de mirar su escote.

«¡Estás quedando como un idiota!»

Segundos en los que la brujita se expluyó.

—Claro, no me conoces, yo soy Catalina.

—Es un placer conocerla—Por fin Lisandro le extiende la mano.

Catalina a continuación lo invitó a pasar a su casa.

—Pasa, sentite como en tu casa.

Al ingresar a la casa el olor a sahumerio penetró hasta su cerebelo... Se sentaron en el living, en unos sillones cómodos de abuela, la decoración hacía juego; paredes empapeladas y una colección de figuras de porcelana en una vida cotidiana de antaño.

—¿Te puedo tutear... no? —preguntó Catalina induciendo la respuesta.

—Por supuesto.

—Contame por qué venís.

—Bueno no sé cómo explicarlo bien. Pero hace poco y con frecuencia siempre que duermo estoy teniendo sueños muy vividos que no logro comprender, no entiendo el por qué, tampoco que es lo que me quieren decir, me gustaría saber qué es lo que me significan. —la mujer de vestido colorido, lo escuchaba atentamente, parecía estar realmente interesada en lo que tenía él que contar.

—Háblame más sobre tus sueños, describilos, contame de que se tratan, ¿soñas con alguien que conoces?

—Son sobre una ex novia que tuve que hace diez años y hace más de cinco años se quitó la vida, mi pregunta es porque volvió de la nada.

—Claro, te entiendo, ¿y qué es lo que pasa en estos sueños? —ella quería saber más.

—Son raros, yo trato de anotar todo y formar oraciones después, pero no sé si lo estoy haciendo bien.

—Es una buena forma de empezar, ¿los sueños se repiten, acaso son los mismos?

—Son similares, hay patrones que se repiten, sí, pero no son iguales.

—Describirme algún sueño que tuviste

—En general hay agua o fuego, y ella me habla, pero no la escucho es cómo si el sueño fuera muteado.

—Entonces, si lo que querés es interpretar los sueños te propongo algo que se llama sueños lucidos, seguramente lo escuchaste nombrar.

Lisandro no tenía la menor idea de lo que estaba hablando y afirmó tímidamente con la cabeza, aunque el sí era un no.

—Te voy a ayudar a interpretarlos una vez que lo pongamos en práctica. ¿Te parece bien?

—Sí —contesto lento y desconfiado.

«Espero no sea nada de brujería» Cavilo en medio de la conversación.

—Te voy a dar unos tips, quiero que cuando te despartás grabes con el celular tu interpretación del sueño y que me lo envíes; lo voy a escuchar atentamente e intentar descifrar lo que te quieren decir...

Los sueños los tenemos que entender como un reflejo, es decir este puede ser pasado, presente o futuro o todos a la vez. Pero te quiero advertir que puede ser algo positivo o puede ser negativo. Tampoco es algo azaroso, muchas veces hay algo reprimido, cosas que no comprendemos, pero todo tiene un por qué y a ese entendimiento vamos a intentar llegar.

¿Estás de acuerdo?

Por la noche comenzó soñando con la brujita un sueño libido bastante subido de tono, pero todo cambio de forma radical. De repente sobre sus pies sintió agua mezclada con arena rozando los dedos; en la orilla había una fogata, a un costado su camioneta y él subiendo algo al auto, el detalle era macabro, lo que subía a la caja de la camioneta tenía forma de cuerpo, de cuerpo humano. Fue cuando despertó.

Capitulo dos: Soy Luleå

♪ **Una daixona de pols, canción de Antònia Font**

I veig un sol dissident amagat dins es níguls, aquest amor és impossible però noltros
l'hem pogut.

*Y veo un sol disidente escondido en las nubes, ese amor es imposible, pero nosotros lo
hemos podido.*

En su cabello el alba del sol madrileño, de pupilas celeste, con un pequeño lunar negro en el iris izquierdo, va rumbo al colegio. Su mochila con dibujos de unicornios parece pesar más que sus treinta kilos, y habla todo el camino, primero cuenta que apenas entre al colegio se va a soltar el pelo porque no le gusta atado; a lo que María la regaña:

—No niñita, las mujeres deben llevar el pelo atado al colegio y atado con un moño blanco, con una cola de caballo. Eso no se discute.

La niña sabe que va a hacer lo que quiera ni bien pase por el pórtico de la escuela, por eso no contesta, aunque en los gestos de su rostro se trasluce un pensamiento: «cuando ya esté lejos de abu, ¡lo voy a soltar!».

Continúa hablando como si nada después de contados segundos, obviando lo que su abuela le había dicho; va saltando de tema en tema, que va a invitar a su mejor amiga, Alma, para que vaya a jugar a casa, que hoy tienen matemáticas y que no le gusta, y pregunta, pregunta incendios que nadie sabe apagar, sobre como era su mamá, de porque no está.

Las calles de la Castellana las escuchan;

—Tu madre partió hacia el cielo cuando eras chica. —dice María.

María es una mujer grande, nació hace sesenta y cinco años en un pueblo cerca de Burgos llamado Los Tomillares, de padres franquistas, por supuesto de firmes costumbres católicas, mamó desde pequeña esa ideología, hoy es la tutora inesperada de Luleå, porque Martín Bastalleda el padre de la niña, está preso y su mamá falleció.

—¿Más chica? —pregunta queriendo saber todo, hasta los detalles.

—Pues tenías tan solo dos años, ¿no te acuerdas nada de ella?

Mueve la cabeza negando la pregunta, con tintes de tristeza por no recordarla.

—Tu madre era tan parecida a vos, rebelde y extrovertida, tenía veintidós años cuando nos dejó, pero lo que tú tienes que saber es que te amaba mucho.

—Pero ¿cómo se murió si era tan joven?

La señora hizo un silencio, como le explicaba que su padre había matado a su madre y ahora estaba preso cumpliendo una condena de veinticinco años. Bastalleda había perdido la patria potestad y no se le permitía ver a la niña. Al respecto, en su momento, María le había contado a la pequeña que su papá estaba muerto.

—Enfermó —dijo sin pestañear y mirando al frente, mintiendo sin querer hacerlo, con culpa, pero justificándose hasta creerse la idea de que era otra mentira indispensable.

—A la muerte habría que matarla —se expresó Luleå, con inocente enojo.

Matriculada en un colegio monástico, donde el jumper no puede pasar de dos dedos por encima de la rodilla, llegó con su abuela hasta la puerta de *Nuestra señora de la Misericordia*, donde las niñas todas con el moño blanco parecen fotocopias.

Si bien los tiempos cambian; de hecho, la abuela hace algunos años no la habría podido matricular siquiera, una alumna que no tenía padres en ese prestigioso colegio no ingresaba; algunas cosas no cambiaban, clases de caligrafía y misas, sacramentos en horario escolar, y lo más importante para María: disciplina, la abuela sonreía.

Las jornadas comienzan y terminan con un rezo, es algo que Luleña detesta, más que la madre superiora las haga arrodillar para controlar si la pollera toca el piso o no.

2

Con cabello suelto al salir del colegio, María la saluda al tiempo que la regaña, se toman de la mano y emprenden el camino de regreso a su casa., bajan por la calle de Serrano, pasan por el Museo *Lazaro Galdeano* con el comentario repetido que la abuela siempre hace:

—¡Acá hay pinturas de *Goya*!

—Ya me lo has dicho abue, y también de uno que se llama *Bosch*...

María queda con la boca abierta, la niña le había sacado las palabras de la punta de la lengua.

Después doblan en el bulevar *Núñez de Balboa*, el primer mundo las saluda, con restaurantes elegantes y boutiques de diseñadores, hasta llegar a su casa, una finca urbana enclavada en pleno Madrid.

Andrea es el nombre de la criada, cocinó la mitad de la mañana para recibir con un calórico almuerzo a su patrona y a la chiquilina; y ahora entra en escena:

—Hola guapa, ¿cómo te ha ido en el colegio?

—Uff lo de siempre importa más estudiar la Biblia que aprender inglés.

—Señorita, esa no es manera de hablar —Interrumpe la charla María mientras Andrea se sonríe a su espalda y comenta con alegría en su tono de voz:

—En el comedor las espera el almuerzo.

—¿Me cocinaste papas fritas?

—Pasé y vea niña.

—Mmm, ¡qué rico!

La ventana del comedor daba al jardín trasero donde jugaban Alma y Luleå. María las observaba desde el ventanal del amplio comedor, las niñas corrían de aquí para allá, de allí para acá, mientras en su cabeza recorría ese día que le dijeron que su hija había fallecido, desde ese punto, todo cambio. Reconstruyéndose, en el camino tuvo varios

cuestionamientos con los moradores del cielo, también envejeció rápidamente y tuvo mil problemas de salud. Y le aterraba pensar en que pasaría con Luleå, si lo del corazón volvía a fallar, ya no estaba tan convencida que se quede hasta la mayoría de edad a cuidado de la madre superiora y la congregación de monjas, tal cual como estaba estipulado en su testamento, lo de aprender a cocinar y a coser que le enseñarían no solo era anacrónico, era poco para una pequeña de alma tan libre como su nieta.

De a ratos pensaba que Andrea la cuidaría muy bien, había un afecto evidente entre ellas, pero ya tenía hijos grandes, era abuela, no era una mujer joven y también tenía sus achaques, además, si bien lo disimulaba, la paciencia a su edad siempre da en negativo. Darse cuenta de que la aguja del reloj ahora gira a la izquierda no ayudaba, y la situación la cansaba; las pocas opciones, las muchas complicaciones y todas las cosas que podían salir mal.